

Jesucristo, Sumo Sacerdote y víctima del Nuevo Testamento

1. La función mediadora de Cristo se realiza a través de toda su vida y tiene tal plenitud que hay que estudiarla bajo aspectos muy distintos para lograr una visión lo más completa posible de su riqueza. Puede ser considerada desde el punto de vista del sacrificio, de la victoria sobre la muerte, sobre el pecado y sobre el demonio, de la satisfacción por la ofensa hecha a Dios al pecar. Estudiaremos primero la muerte de Cristo en cuanto sacrificio.

2. Por ser mediador entre Dios y los hombres, Cristo es también el Sumo Sacerdote del NT establecido por Dios: mediación y sacerdocio coinciden en El; en cuanto Sumo Sacerdote, ofrece el sacrificio que estatuye la Nueva Alianza e instaura el orden nuevo. *La consumación del sacrificio* ofrecido por Cristo, Sacerdote del NT, es su *misión más significativa*; ese sacrificio divide y delimita los tiempos; del sacrificio en la cruz nace el mundo nuevo y la nueva humanidad; entonces se entierra lo antiguo y se abre paso lo nuevo.

Cristo redime también el mundo por medio de su *palabra reveladora*. También su palabra es para el hombre obra salvífica. Por supuesto que es también comunicación del misterio de Dios y esclarecimiento o interpretación de lo ocurrido en la muerte de cruz; pero no sólo es explicación e interpretación, sino palabra salvífica; tiene, por tanto, significación sacramental. Puede decirse lo mismo de *los Mandamientos y exigencias de Cristo*: a través de sus consejos y exigencias Cristo apela a los modos de sentir y obrar que corresponden al tiempo nuevo inaugurado por El, es decir, a su imitación y seguimiento. Pero los mandamientos de Cristo son también, y a la vez, acción salvífica en cuanto que, por medio de tales mandamientos, se adueña de los hombres y les

incorpora a su vida gloriosa. Cristo nos ha redimido con su palabra y actividad. Su palabra es acción salvadora y su obra es un llamamiento configurado por el Espíritu Santo. *Palabra y acción se pertenecen mutuamente.* Cristo es la *Palabra originaria y el Sacramento primero.* Significación especialísima tiene la cruz; en la cruz logra plenitud y cumplimiento todo lo anterior. El sacrificio de la muerte resume todas las palabras y obras de Cristo dando a todo lo hecho y dicho cumplimiento y plenitud. Puede decirse que Cristo, en el sacrificio de la cruz, nos ha transformado y recreado para las buenas obras.

La significación fundamental del sacrificio de Cristo se hará patente después de estudiar, al principio de este capítulo, su sacerdocio y, al final, su realeza y magisterio.

Lo decisivo es, por tanto, *el sacrificio de Cristo en la cruz, al ofrecerse El mismo por los pecados del mundo.* Es consagrado sacerdote ya en la Encarnación, no sólo en el bautismo o en la cruz, pero es a la hora de su sacrificio en la cruz cuando cumple totalmente su misión sacerdotal.

Según su naturaleza humana, Cristo es, desde el momento de la Encarnación, verdadero y único sacerdote del NT. Dogma de fe: Concilio de Efeso, D. 122.

3. El testimonio más completo y hondo sobre el sacerdocio de Cristo es la *Epístola a los hebreos.* Cristo es llamado por Dios al sacerdocio, "pues todo Pontífice tomado de entre los hombres, en favor de los hombres, es instituido para las cosas que miran a Dios, para ofrecer ofrendas y sacrificios por los pecados, para que pueda compadecerse de los ignorantes y extraviados, por cuanto él está también rodeado de flaqueza y, a causa de ella, debe por sí mismo ofrecer sacrificios por los pecados, igual que por el pueblo. Y ninguno se toma por sí este honor, sino el que es llamado por Dios, como Arón. Y así, Cristo no se exaltó a sí mismo, haciéndose Pontífice, sino el que le dijo: "Hijo mío, eres tú, hoy te engendré." Y conforme a esto, dice en otra parte: "Tú eres sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec."

Habiendo ofrecido en los días de su vida mortal oraciones y súplicas con poderosos clamores y lágrimas al que era poderoso para salvarle de la muerte, fué escuchado por su reverencial temor. "Y aunque era Hijo, aprendió por sus padecimientos la obediencia, y por ser consumado, vino a ser para todos los que le obedecen causa de salud eterna, o declarado por Dios Pontífice,

según el orden de Melquisedec" (*Hebr.* 5, 1-9). De El podemos esperar ayuda, porque es Pontífice misericordioso y fiel en las cosas que tocan a Dios y puede expiar los pecados del pueblo. Conoce las debilidades de la naturaleza humana, porque participa de ella (*Hebr.* 2, 16-18). Sólo hay una excepción en este común modo de ser: que si bien fué tentado en todo a semejanza nuestra, no lo fué en el pecado (*Hebr.* 4, 14-16). Todo su poder de Pontífice se funda en el hecho de ser Hijo de Dios (*Hebr.* 4, 14). Nos anima a acercarnos confiadamente al trono de la gracia, para que recibamos misericordia y hallemos gracia (*Hebr.* 4, 16).

No puede haber otro sacerdocio junto al de Cristo, que es el fin del sacerdocio del AT, instituído también por Dios. Los sacerdotes del AT ofrecieron sacrificios, según disposición de Dios, para expiar los pecados propios y los del pueblo; en el sacrificio de ofrendas—cruentas o incruentas—se reconocía el señorío de Dios ofreciéndole las cosas humanas; Dios es el Señor a quien pertenece la creación y también el propio yo del hombre; Dios es el Santo que juzga los pecados, el Misericordioso que concede gracias. Los que hacen oblaciones intentan entrar en comunidad con El. Claro está que estos sacrificios no podían borrar los pecados ni lograr la justificación y santidad (*Hebr.* 10, 1-4); más bien mantuvieron despierta la conciencia de pecado y estaban orientados hacia el futuro. Eran figuras evocadoras de la presencia y actualidad del Dios justo y misericordioso y promesas de la plenitud futura. Por eso, era necesaria la renovación incesante del sacrificio. Tal modo imperfecto de sacrificio sólo podía existir hasta el momento del orden nuevo (*Hebr.* 9, 1-10). Esta provisionalidad corresponde sobre todo a los sacrificios extrabíblicos, que al inaugurarse el tiempo nuevo quedaron envejecidos y anticuados, destinados a desaparecer junto con el sacrificio viejotestamentario (*Hebr.* 8, 13). Cristo es el Sacerdote distinto de todos los demás: El es "santo, inocente, inmaculado, apartado de los pecadores y más alto que los cielos; que no necesita, como los pontífices, ofrecer cada día víctimas, primero por sus propios pecados, luego por los del pueblo" (7, 26-27); no es sacerdote, según el orden de Arón, sino según el de Melquisedec; no es sacerdote por razón de su ascendencia corporal, como lo eran los sacerdotes del AT, sino por su origen celeste, lo que encierra un poder de vida infinita e indestructible; su sacerdocio es absoluto y eterno, a diferencia del sacerdocio del AT, que, aunque establecido también por Dios, era imperfecto y limi-

tado. La indestructibilidad del sacerdocio de Cristo está garantizada por el juramento de Dios: Cristo vivirá eternamente, no es, pues, necesario otro sacerdote (7, 11-25).

4. *Su sacrificio perfecto corresponde a su perfecto sacerdocio*; es un sacrificio bendecido por el Espíritu Santo y ofrecido en su nombre (Hebr. 9, 14). El hecho de tal sacrificio es dogma de fe: *Cristo al dar voluntariamente su vida en la cruz ofreció un verdadero sacrificio, reconciliando con Dios a la humanidad caída*. Concilio de Efeso, D. 122; Concilio de Trento, ses. XXII, cap. 1, D. 938; cap. 2, D. 940; ses. V, canon 3.º, D. 790; *Condenación de las herejías trinitarias*, const. *Cum quorundam*, de Paulo IV, en el año 1555, D. 993, Encíclica *Miserentissimus Redemptor* de 1928, y "Magisterio ordinario de la Iglesia".

a) De nuevo la *Epístola de los Hebreos* nos ofrece testimonio detallado y completo. La ofrenda de Cristo es El mismo; El es la ofrenda inmaculada, bendita y santificada por la unión con el Logos divino (9, 14; 10, 5-6). Tal sacrificio se ofreció de una vez para siempre; sigue teniendo virtud y no es necesario que se repita (Hebr. 7, 27; 9, 12; 10, 10); se realizó una vez y su virtud perdurará para siempre. El es el sacrificio último y perfecto. "Pero ahora una sola vez en la plenitud de los siglos se manifestó para destruir el pecado por el sacrificio de sí mismo. Y por cuanto a los hombres les está establecido morir una vez, y después de esto el juicio, así también Cristo, que se ofreció una vez para soportar los pecados de todos, por segunda vez aparecerá, sin pecado, a los que le esperan para recibir la salud" (9, 25-26). En esta muerte única, ocurrida de una vez para siempre, se hizo realidad el misterio de la Salvación. Si Cristo muriera continuamente y se ofreciera repetidamente a sí mismo, tal sacrificio, en vez de ser un misterio de salvación, sería un mito (cfr. Söhngen, *Der Wesensaufbau des Mysteriums*, 1938, 14). El sacrificio de Cristo obra lo que no pudieron obrar los demás, envejecidos y anticuados: la expiación de los pecados, la purificación de la conciencia y la santificación (9, 9; 14-15; 10, 10); no con sangre de animales, sino con la suya propia penetró Cristo en el santuario del Altísimo, estableciendo allí su morada a la diestra de la Majestad divina (9, 7, 22; 8, 1); desde allí intercede por nosotros, ya en su gloria y superada la muerte; abrió camino a aquellos por quienes se ofreció; ya no necesitan estar esperando (9, 8); su sacrificio nos ha dado la he-

rencia de los mejores bienes (9, 15, 11, 24). A El se orienta, pues, la esperanza, es como el áncora clavada y segura de nuestra vida (6, 19-20).

b) Según esta descripción de la *Epístola de los Hebreos*, la muerte no es para Cristo un *puro padecer* que El no pudiera apartar o una fatalidad que se le impusiera necesariamente, sino un *acto de obediencia, una acción, el cumplimiento de su propio sacrificio, la realidad de su ofrecimiento*. No fué, como afirma la teología liberal, una muerte puramente heroica en una situación sin salida ni la aceptación voluntaria de un destino fatal, sino la libre entrega de sí mismo a la muerte para que el mundo viviera. Cristo se entrega y va a la muerte con todas sus fuerzas y con todo el corazón preparado y abierto. Nada puede la muerte sobre El, sino que El se entrega a ella y la traspasa de camino hacia la gloria. Su muerte en cruz no es signo de impotencia, sino más bien de poderío. El que vino para darnos la vida y para que la tuviéramos en abundancia (*Jo.* 10, 10), que da vida a quien quiere (*Jo.* 15, 21), tiene poder para entregar la suya y tomarla de nuevo; nadie se la pudo arrebatar, sino que El la entregó libremente (*Jo.* 10, 18). Todo esto concuerda con las *tres predicciones* de Cristo sobre su muerte. Después de haber confesado Pedro el carácter mesiánico de Cristo—era la primera vez que un hombre confesaba tal creencia—“comenzó a enseñarles cómo era preciso que el Hijo del Hombre padeciera mucho y que fuera rechazado *por los ancianos y príncipes de los sacerdotes y los escribas* y que muriera y resucitara después de tres días” (*Mc.* 8, 31). De manera clara y sin rodeos dijo Cristo a sus discípulos el verdadero sentido de su mesianismo (8, 31). “La resistencia del hombre natural al misterio divino de un Mesías que sufre y padece, comienza en el mismo instante en que Dios revela ese misterio y no ha cesado todavía. Pedro toma la palabra en nombre de todos; no puede entender el misterio del dolor y sin atender a lo que se dice de la resurrección, impulsado por su carácter violento y sin considerar la diferencia que existe entre el Mesías—Maestro—y el discípulo, se atreve a intentar apartar a Cristo del pensamiento de la muerte. Debíó observar en los ojos de los demás discípulos la misma repulsa. Lo que Pedro quiere, le convierte en tentador de Jesús (*Mt.* 16, 23); se hace demonio al enfrentarse abiertamente con lo que Dios quiere. Cristo le aparta de sí con las mismas palabras con que rechazó al demonio tentador, que pretendía apartarle de la misión que el Padre le con-

fió" (Mt. 4, 10). (J. Schmid, *Das Markusevangelium*, 2.^a ed., 127.) Al emprender el último viaje a Jerusalén, donde iba a morir, Cristo habla de nuevo a sus discípulos de sus padecimientos: "El Hijo del Hombre será entregado en manos de los hombres y le darán muerte, y muerto resucitará al cabo de tres días." Con exactitud y detalles predice sus padecimientos por tercera vez al llegar al fin del camino de Jerusalén. Su estar preparado para la muerte acelera los pasos de Jesús. Los discípulos están admirados por su decisión y le siguen miedosos; Jesús dice a los doce lo que le espera: "Subimos a Jerusalén, y el Hijo del Hombre será entregado a los príncipes y los sacerdotes y a los escribas, que le condenarán a muerte y le entregarán a los gentiles, y se burlarán de El y le escupirán, y le azotarán y le darán muerte, pero a los tres días resucitará (Mc. 10, 33-34; cfr. Io. 2, 18-22).

c) La predicción de Cristo va más lejos: no sólo habla de sus dolores y padecimientos, sino que añade que *su cuerpo será inmolado como rescate de muchos*. No ha venido a ser servido, sino a servir y dar su vida para redención de muchos (Mt. 20, 28). Con su muerte rescatará la vida de los hombres. Muchos serán redimidos por uno solo; en realidad, serán redimidos todos los hombres. Con su mentalidad judía, los discípulos no comprenden el sentido expiatorio de la muerte del Mesías ni lo que dice de sus padecimientos. Para ellos era totalmente extraña la idea de que el pueblo necesitara ser liberado del pecado (Mc. 10, 45; Mt. 20, 28; Io. 8, 33). Pero El no vacila: entregará su cuerpo para redimir al hombre pecador y derramará su sangre para el perdón de los pecados. Así, será constituida la Nueva Alianza, el nuevo orden de Dios (Lc. 22, 19-20; Mc. 14, 22-24; Mt. 26, 26-28). Una explicación más amplia de estos textos, en el tratado de la Eucaristía.

En la Última Cena, Cristo anticipó su sacrificio; la Cena no es la introducción al sacrificio de la cruz, sino representación y anticipación del sacrificio mismo, lo mismo que la misa es representación y conmemoración de El.

d) Si la muerte de Cristo es sacrificio, cosa que testifican claramente los Sinópticos, pertenece a las *realidades* que San Pedro ha recibido de la Tradición (I Cor. 15, 3). Si Cristo murió tal como atestigua la Escritura (I Cor. 15, 3), cumplió un sacrificio. San Pablo afirma que recibió del Señor el Evangelio que predica a los corintios: que Jesús, "en la noche en que fué entregado, tomó el pan, y después de dar gracias, lo partió y dijo: "Este es mi cuer-

po, que se da por vosotros: haced esto en memoria mía." Y, asimismo, después de cenar, tomó el cáliz, diciendo: "Este cáliz es el NT en mi sangre; cuantas veces lo bebáis, haced esto en memoria mía" (*I Cor.* 11, 25). El cuerpo y sangre de Cristo son cuerpo y sangre del sacrificio; Cristo es el cordero pascual, que será inmolado (*I Cor.* 5, 7); San Pablo vive la transformación del mundo y de su propia existencia en su experiencia propia: el que murió en la cruz se ha metido en su vida y es la fuerza personal y espiritual que le domina plenamente (*Gal.* 2, 20); Cristo ha sido hecho por Dios la víctima expiatoria por nuestros pecados para manifestación de su justicia y para santificación nuestra (*Rom.* 3, 23-25), se entregó a sí mismo para redención de todos (*I Tim.* 2, 6); el pecado ya no puede perder a nadie que crea en Aquel que resucitó a Nuestro Señor Jesucristo de entre los muertos; el cual fué entregado por nuestros pecados y resucitado para justificación nuestra (*Rom.* 4, 24-25). Los que creen en El, tienen el sello del Espíritu Santo. Están llamados a caminar en caridad, lejos de toda maldad; deben vivir en Cristo, que se entregó por nosotros a Dios en sacrificio de olor suave (*Eph.* 5, 2).

En esta afirmación se echa de ver con qué seguridad vivía San Pablo de la realidad del sacrificio de Cristo. Tal realidad no era sólo una verdad conocida e incorporada al conjunto de los demás conocimientos, sino que era la fuerza transformadora de su vida. En este punto no cabía que sus lectores discreparan: todos están de acuerdo en que él y ellos viven de esa realidad del sacrificio de Cristo. A San Pablo le interesa otra cosa: "¿Cómo se realiza la vida diaria del hombre que ha basado su existencia en el sacrificio y muerte de Cristo?" No necesita hacer explicaciones del hecho y realidad del sacrificio, porque tanto él como los gálatas viven de esa misma plenitud de vida. Se trata de algo distinto: ¿Cuál es la actitud respecto a la ley de la Antigua Alianza de los que viven de la cruz de Cristo? Supuesto ese tema, sólo marginalmente trata del de la muerte de Cristo. Aunque los gálatas no necesitan muchas explicaciones sobre esas cosas, no puede San Pablo, cuando habla de Cristo, silenciar todo lo que él y los gálatas tienen que agradecer a este nombre: "La gracia y la paz sean con vosotros de parte de Dios Padre y de Nuestro Señor Jesucristo, que se entregó por nuestros pecados para librarnos de este siglo malo, según la voluntad de nuestro Dios y Padre" (*Gal.* 1, 3-4). En el tratado sobre los Sacramentos se hablará más detenidamente de las profundas diferencias entre el testimonio de San Pablo sobre

Cristo y las religiones extrabíblicas de misterios (cfr. W. Tr. Hahn, *Das Mitsterben und Mitauferstehen mit Christus bei Paulus*, 1937),

e) Lo que San Pablo atestigua, ya lo conocían los contemporáneos de Cristo de boca del Bautista, según testimonia el *Evangelio de San Juan*. Cuando los enviados de Jerusalén preguntaron al Bautista por su predicación y bautismo, les contestó, refiriéndose a Cristo: "He aquí el Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo" (*Jo.* 1, 29). Estas palabras recordaron a los escribas lo que Isaías había escrito del Mesías: "Todos nosotros andábamos errantes, como ovejas, siguiendo cada uno su camino, y Yavé cargó sobre El la iniquidad de todos nosotros. Maltratado y afligido, no abrió la boca, como cordero llevado al matadero, como oveja muda ante los trasquiladores" (*Is.* 53, 6-7). El Mesías era profetizado siervo de Dios que toma sobre sí nuestras enfermedades y carga con nuestros dolores (53, 4), llevando sobre sí los pecados de todos (53, 12). Cristo es el cordero pascual de la Nueva Alianza, que será inmolado por los pecados del mundo (*Apoc.* 5, 12; *Act.* 8, 32; *I Pet.* 2, 22-23). Por eso, los que creen en El viven sin pecado y aunque por debilidad pequen, tienen un intercesor ante el Padre, que es Jesucristo, el Justo; no dejará de interceder; es la víctima propiciatoria por nuestros pecados y no sólo por los nuestros, sino por los de todo el mundo (*I Jo.* 2, 2). Estamos seguros del amor de Dios, porque envió a su Hijo como víctima expiatoria por nuestros pecados (*I Jo.* 4, 10).

5. Véanse los *textos patristicos* sobre este tema en los párrafos que siguen.

6. Tratando de explicar el *proceso interno* del sacrificio de la cruz, podemos decir:

a) Para demostrar el carácter sacrificial de la muerte de Cristo no deben utilizarse exclusiva y unilateralmente los sacrificios que se comprueban y estudian en la *Historia de las religiones*, sirviéndose de ellos para señalar las partes integrantes de todo sacrificio y explicar después que todos esos caracteres se encuentran también en la muerte de Cristo; el sacrificio de Cristo en la cruz no puede ser medido según la regla de los sacrificios estudiados en la *Historia de las religiones*, sino que tal sacrificio es la medida de todos los demás. El hecho de que la muerte de Cristo en cruz sea un sacrificio y su por qué debe ser explicado, ante todo, por sí

mismo. La Revelación lo considera y caracteriza como tal; el testimonio de la Revelación no necesita de complementos de investigación histórica, aunque, sin duda, esa investigación puede tener importancia para comprender el sacrificio de la cruz por ofrecernos una representación general e indeterminada del sacrificio religioso. Con esta observación se echa de ver ya la diferencia entre el sacrificio de la cruz y todos los demás, y a la vez se evidencia que el sacrificio de Cristo es la plenitud y cumplimiento de todos los demás sacrificios.

b) Tiene singular y fundamental importancia para la comprensión del sacrificio de Cristo la reiterada afirmación de la Escritura de que Cristo se entregó *por amor y obediencia*; su muerte fué un acto de obediencia a Dios y de amor al Padre y a los hombres; es la más alta expresión de su incondicional entrega a Dios.

Cristo volvió a hacer realidad el modo de sentir, negado en desobediencia y orgullo por los primeros hombres; adoptó la única actitud propia y conveniente ante Dios, creador y señor de todas las cosas.

En los sacrificios de la Antigua Alianza fué también la práctica de la obediencia el acto de fe propiamente exigido por Dios. El sacrificio exterior no era más que expresión de una actitud íntima y, por eso, tenía su valor. En la entrega y cesión a Dios de un objeto que es propiedad del hombre o servicio para su vida se reconoce el dominio de Dios; se hace especialmente evidente este dominio de Dios sobre todas las cosas cuando alguna es destruída, quemándola, por ejemplo, aunque la destrucción no es esencial al sacrificio. Dios puede disponer incondicionalmente de todo porque todo le pertenece. Todo debe obedecerle. A El se somete el hombre al hacer sacrificios: en ellos pone fin a su orgullo.

La entrega o donación no termina en sí misma; es paso, tránsito y entrada en el ámbito y esfera de lo divino. *La ofrenda se transforma*; abandona su modo precario de ser para participar en la plenitud de ser divina. Incluso cuando se destruye, se hace con el fin de que se convierta en algo totalmente nuevo. Esto se hace mucho más claro si se piensa que *la ofrenda es siempre figura y símbolo del hombre que se ofrece él mismo a Dios*; la ofrenda sustituye y representa al oferente. El acto de ofrecer es expresión y símbolo de la inmolación del yo humano. Cuando el hombre se entrega a Dios, abandonándose a sí mismo, despreciando su amor

propio y orgullo y ofreciéndose a Dios, participa de la santidad y gloria divinas y logra así su plenitud.

Para el *pecador*, la renuncia y cesión de una cosa significa a la vez *castigo y expiación* por los pecados: en el sacrificio reconoce que está sujeto al juicio de Dios y condenado a muerte.

Cristo se entregó al Padre en su misma *realidad corpórea* y no sólo en una ofrenda simbólica. Quemó todo amor y voluntad propia en el fuego del amor y obediencia a Dios; en la cruz, su amor ardió en vivas llamas. San Pablo se quema y consume en esas llamas: "Estoy crucificado con Cristo, y ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí. Y aunque al presente vivo en carne, vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí" (*Gal. 2, 19-20*). En la cruz compró Cristo a su esposa, la Iglesia (*Eph. 5, 25*); su amor por ella le llevó hasta el sacrificio de la muerte (*Jo. 10, 11; 15, 13*); ese amor se evidenció con toda su fuerza en la cruz y ya no podrá enmudecer (*Rom. 8, 34-35; II Cor. 5, 14*). Cristo no vivió para su complacencia (*Rom. 15, 3*); siendo rico, se hizo pobre por nosotros, para que con su pobreza nos hiciéramos ricos; esto fué su amor (*II Cor. 8, 9*); esa pobreza fué cada vez mayor: se despojó primero de la gloria de la divinidad y se hizo obediente; obedeció hasta la muerte de cruz (*Phil. 2, 5-8*); toda su vida fué un acto de obediencia al Padre, que se cumplió y completó en la muerte de cruz (*Jo. 10, 17-18; 14, 30-31*). Por la obediencia del segundo Adán se nos trajo gracia y salvación, así como por la desobediencia del primero nos hicimos todos pecadores (*Rom. 5, 18-19*). La obediencia es un acto del amor de Cristo: su amor se reveló en la obediencia (P. Feine, *Theologie des NT*, 1910, 396). La suma expresión del amor y obediencia es la entrega de la vida.

El amor de Cristo tiene su último fundamento en el amor eterno del Padre, que envió su Hijo al mundo, no para juzgar al mundo, sino para que el mundo fuera salvo (*Jo. 3, 17*). Cristo aceptó en su corazón el amor del Padre a los pecadores: lo incorporó y obró por ese amor. Por el amor fué a la muerte, y la causa de ese amor era el amor del Padre, que le envió a la muerte (*Rom. 5, 1-11*). El amor, que se expresó sensible y supremamente en la muerte de cruz, fué expresión del amor al Padre.

La entrega de Cristo logra su última seriedad por ser *expiación* de los pecados: por su obediencia y amor fueron vencidos la desobediencia y el egoísmo.

Se ve que lo decisivo en el sacrificio de Cristo son las fuerzas

del amor y obediencia; esas fuerzas le brotan en el mismo corazón y le liberan del aprisionamiento en el yo, de toda voluntad propia y de toda afirmación de sí mismo frente a la voluntad divina (*Hebr. 5, 7-10*). La muerte y todo su dolor es la expresión sensible de esta actitud; sólo por eso tiene fuerza salvífica (*Hebr. 5, 7-10*). Justamente, pasaría por alto lo esencial quien se limitara a la consideración exclusiva de la crueldad de los sufrimientos en todos sus pormenores y olvidara el espíritu que animaba toda la pasión. Si, por ejemplo, se preguntara si ha habido algún hombre que haya soportado dolores más grandes que los de Cristo, se dejaría al margen la cuestión verdaderamente importante. Lo decisivo, aquí, no es la "cantidad" de dolores físicos y morales, sino el amor y la obediencia; y en esto Cristo está muy por encima de todos, eso sin tener en cuenta que por su especial modo de sentir, sufrió de otra manera, agotando en cierto modo el dolor y sufriendo más que ningún hombre. El amor y obediencia están como encarnados en la entrega a la muerte.

Es evidente que el papel de los jueces y verdugos es secundario en la muerte de Cristo: no fueron más que instrumentos de los que se sirvió Satanás para acabar con la vida del Santo (*Lc. 1, 35*). Satanás sólo tenía poder sobre esta vida; Dios mismo se lo había dado, ya que el "siervo de Dios", el Enviado, se sometió al odio de la maldad y a su poder para así vencerlos (cfr. San Atanasio, *De Incarnatione*, sec. 21).

*c) Mediante el sacrificio de propiciación no se acallaba a Dios ni se le hacía variar su modo de obrar; Dios no es mudable. Que no se trata de apaciguar la ira de Dios en sentido estricto se hace patente al ver que el acto del sacrificio de Cristo procede del Padre, que nos da la salud y salvación por medio de esa acción. El misterio de nuestra Redención tiene su origen en la profundidad de Dios; El entregó a su Hijo por nosotros, lo que fué señal de su amor y justicia (*Jo. 3, 16*). En la muerte de su Hijo hecho hombre reveló el Padre su amor y justicia, realizándolas en el ámbito de la historia; allí se hizo presente en este mundo el misterio de su amor santo y justo; Dios revela al mundo su santidad y amor, haciéndolas reales en este mismo mundo (cfr. §§ 108 y 109). El hombre puede participar de la santidad y amor de Dios al haber en el mundo un lugar donde se hallan realizados. Sólo hace falta llegar a ese lugar, es decir, incorporarse a Cristo por la fe y los sacramentos. La revelación de Dios en la muerte de su Hijo no pue-*

de ser desconocida por los hombres de buena voluntad. La muerte de cruz hace digno de crédito el amor de Dios; más aún, visible (*I Jo.* 3, 16), pues en ella se hace ese amor presente en la historia humana. Si Dios entregó a su Hijo a la muerte por nosotros, cuando todavía éramos enemigos suyos, no puede haber duda sobre la disposición del amor divino (*Rom.* 5, 8-10).

d) Nada había en el hombre que pudiera ser motivo del amor de Dios: *sin motivo ni causa surgió del abismo de su intimidad*; no fué la respuesta de Dios a nuestra llamada, sino libre acción de su benevolencia y misericordia (*I Jo.* 4, 10). Justamente el don de su amor infinito es lo que nos hace confiar en que amados por Dios de una vez para siempre (*Rom.* 5, 5), nos veremos libres del juicio de la ira divina (*I Jo.* 2, 28; 4, 17); ahora ya ve Dios en nosotros un motivo para amarnos: se ve a sí mismo y a su propio amor, al Espíritu que envió a nuestros corazones (*Rom.* 5, 1-11; 8, 31).

Pero aunque el mundo se haya transformado y nosotros mismos seamos otra cosa, siempre el impulso proviene de Dios, que no quiere que los hombres caigan en el abismo; por eso detiene con su brazo el furor del pecado y el "no" que los hombres gritan ante El y lo transforma en un "sí" salvador. Pide al hombre que no se aferre a su "no" contra Dios, para que no perezca y se condene por él. Por la fuerza de su amor elimina al odio desde dentro y desde lo más profundo. "De suerte que el que es de Cristo, se ha hecho criatura nueva, y lo viejo pasó, se ha hecho nuevo. Mas todo esto viene de Dios, que por Cristo nos ha reconciliado consigo y nos ha confiado el ministerio de la reconciliación. Porque a la verdad, Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo y no imputándole sus delitos, y puso en nuestras manos la palabra de reconciliación. Somos, pues, embajadores de Cristo, como si Dios nos exhortase por medio de nosotros. Por Cristo os rogamos: reconciliaos con Dios. A quien no conoció el pecado, le hizo pecado por nosotros, para que en El fuéramos justicia de Dios" (*II Cor.* 5, 17-21). Dios mismo nos dió la paz por medio de Cristo; ésta es la feliz realidad de que viven los colosenses: "A vosotros, otro tiempo extraños y enemigos de corazón por las malas obras, pero ahora reconciliados en el cuerpo de su carne, por su muerte, para presentaros santos, e inmaculados, e irrepreensibles delante de El" (*Col.* 1, 20-22). Dios mismo entregó a su Hijo como víctima expiatoria y dispuso el sacrificio de la cruz para que fueran justificados

los que creen en Jesucristo; lo hizo para que los pecadores no fueran castigados por sus pecados.

e) Es evidente que Dios *no hizo la redención sólo por su acción divina*; la hizo *mediante la acción de un hombre*: Jesucristo. Es requisito para que los hombres se liberen del pecado y participen de la santidad y amor de Dios, para que obtengan el perdón, la muerte de cruz, es decir, la realización de la inmolación obediencial del Hijo del Hombre al Padre en la muerte. El amor del Padre justamente por estar realizado en Cristo, cabeza de la Humanidad, se convierte simultáneamente en inmolación de los hombres y de todo el Cosmos al Padre.

f) Para entender más hondamente la muerte de Cristo es necesario explicarla *desde Dios* y desde *Jesucristo-Hombre*.

aa) Viendo la muerte de Cristo desde Dios, fué el Padre quien quiso liberar al mundo del pecado y quien dejó camino libre a la maldición del pecado en su Hijo, hecho hombre. El Hijo de Dios, al hacerse hombre, cargó sobre sí la maldición del pecado, hasta el sacrificio de la muerte. El Padre juzgó al pecado en la muerte de su Hijo. El castigo fué terrible; en la muerte de Cristo se ve claramente qué es el pecado; en ella se revela la oposición y contradicción entre Dios que es la santidad, y el hombre que peca. Tan grande es esa contradicción y tan aguda que el hombre no puede subsistir al acercársele la santidad de Dios. El *Génesis* (3, 14-24) dice que el pecador se aleja de Dios, vida y alegría, y sólo puede vivir en la miseria y tribulación, condenado a muerte; este estado, que revela el más íntimo modo de ser del hombre apartado de Dios, encuentra su expresión máxima, dentro de la Historia, en la muerte de Cristo, motivada por el pecado. Todo eso se hizo evidente al salir Dios de su reserva y hacer obrar sobre el hombre su majestad y sublimidad.

Dios había tolerado hasta entonces el pecado (*Act. 17, 30*); en cierto modo se contuvo y permitió el pecado, aunque es cierto que ya antes de venir Cristo castigó a los pecadores. Todas las desgracias de la historia humana son de algún modo castigo de Dios; pero antes de venir Cristo todos esos castigos tenían sentido de precedentes y símbolos precursores. En ellos no hizo obrar todo el poder de su santidad sobre el pecador; se opuso a su existencia, pero sólo con cierta suavidad. Ya a pesar de esta reserva fueron innumerables los sufrimientos y muertes antes de que Cristo vi-

niera. Pero todo ese dolor y todas las muertes juntas no fueron capaces de representar la santidad de Dios en el mundo de modo conveniente; no hacían presente en la Historia la santidad y justicia divinas en toda su potencia y plenitud; podría decirse que no hizo más que extender su brazo para que los hombres pudieran sentir su presencia desde lejos.

Todo lo ocurrido antes de Cristo en cuanto pudiera ser juicio de Dios, estuvo lo mismo que toda la revelación precristiana, ordenado al juicio que hizo Dios en la Cruz; tiene, pues, carácter profético. En la Cruz alcanzó expresión máxima la santidad de Dios sobre Cristo, representante de la Humanidad pecadora, aunque El no tuviera pecado. Al decir que Dios *hizo justicia*, no puede entenderse la expresión en su sentido estricto, sino sólo ampliamente: significa lo mismo que un *acto de majestad*. Dios reveló su santidad por medio de un acto de majestad, propio de El, que es Señor de la Creación. Esto significa la muerte para aquel sobre quien recayó la acción de la santidad divina. Bajo la presión de esa santidad el hombre no puede vivir, sino que tiene que morir. Dios se revela como Señor y dispone sobre el hombre con dominio señorial. Así se hizo presente en el mundo su santidad: en un lugar determinado del mundo, y en una época concreta de la Historia, se restablece su dominio; Dios mismo lo realizó, estableciendo su reinado. La muerte de Cristo significa todo eso: *la instauración del dominio de Dios, del dominio regio del Padre, de su reino*.

A pesar de la terribilidad del juicio en el que Dios envió a su Hijo a la muerte, fué un *juicio de amor*; y esto se manifiesta de doble manera: en primer lugar, porque sólo a su Hijo amado exigió Dios el dolor y el horror de la muerte, y después porque por su muerte concedió al Verbo encarnado y hecho hombre el esplendor y gloria de la naturaleza humana y a los demás hombres la redención del pecado y vida inmortal. La muerte de Cristo significa el fin de la forma de existencia constituída por el pecado. Pero para Cristo fué a la vez tránsito a otra forma de vida indestructible en la gloria del Padre. La meta de su muerte fué la Resurrección y Ascensión. Y todos debemos participar de la plenitud de vida y del poder que Cristo alcanzó con su muerte. El juicio del Padre sobre su Hijo es así un *juicio de gracia*; sirvió para salud y salvación, lo que requería la superación del pecado y realización de la santidad de Dios en el mundo. La presencia en el mundo de la santidad y gloria de Dios, en cuya contradicción estaba el hombre por el pecado, significaba la muerte del pecador. El exigir

Dios la muerte de su Hijo muy amado no es signo de que su odio sólo pudiera ser satisfecho con sangre y lágrimas, sino señal de su amor y justicia.

El hecho de que Dios salvara al hombre por el camino de la ruina, de la destrucción de la existencia terrena, tiene su fundamento en la situación del hombre. La consideración que hacemos a continuación servirá para mejor entender esas conexiones. Por el pecado, el hombre, en cierto modo, se condenó a sí mismo a la muerte: se hizo sepulturero de su propia existencia y del orden terreno; Dios confirmó en su juicio de maldición lo que el mismo hombre había hecho: al dejarle morir y sufrir, Dios quiso que el hombre experimentara las consecuencias de su acción. En esto se muestra que Dios toma al hombre en serio; no le trató como a un niño que no supiera lo que hacía, sino que se enfrenta con él como con un adulto libre y responsable que tiene que cargar con las consecuencias de sus decisiones. En la muerte de Cristo en la Cruz adquiere su máxima seriedad este modo de comportarse Dios con el hombre; Dios le deja sentir con toda intensidad lo que fué su culpa. En la Cruz revela Dios al hombre lo que ha sido y es: un rebelde y condenado a muerte. Dios mismo da así la interpretación más auténtica del hombre. El que entienda bien la Cruz de Cristo no puede ya equivocarse cuando piense en la situación de la Humanidad caída. Dios mismo la desautoriza con toda su terribilidad.

Esta desautorización del hombre por parte de Dios aparece con más luz en la muerte de Cristo: el Hijo del Padre Eterno es condenado a cruz y matado por el pecador. No es que el hombre al huir de Dios se condenara a sí mismo a muerte y Dios se lo dejara ver, sino que se ha despertado en el hombre una inclinación a la muerte y a matar al rebelarse contra Dios y contra la relación con Dios, le ha nacido una tendencia a conquistar su gloria rebelándose contra Dios y matando a sus semejantes. Esta tendencia al crimen logró su más terrible posibilidad en la muerte decretada contra el Hijo de Dios hecho hombre. El abismo del pecado alcanza ahí su última profundidad. El hombre pecador quiere matar al mismo Dios; al pecar, lo que en el fondo se quiere es dejar a Dios a un lado, cuyo dominio es insoportable. Al enviar Dios a su propio Hijo y permitir que fuera condenado y ejecutado por los hombres, reveló la abyección del pecado y el verdadero rostro del hombre.

Dios buscaba a la vez con este acto un *cambio de carácter óptico y psicológico*. Logra el cambio y transformación ontológicos haciéndose presente en la Historia; desde entonces la historia hu-

mana está bajo su influencia dominadora y bajo el signo de la Vida y la Alegría; así son vencidas las fuerzas destructoras. La transformación psicológica se hace al mostrar a los hombres en la Cruz la terribilidad del pecado; así quedó demostrada la importancia de la rebelión contra Dios, la destrucción ocasionada por el pecado como continuo recuerdo de la responsabilidad del hombre y de la superioridad de los valores ético-religiosos sobre los biológicos, intelectuales y estéticos. De lo que resulta que la cruz no es un medio que tenga el hombre para mover a Dios a gracia y compasión, sino un medio de Dios para probar su bondad y mover a los hombres a conversión y confianza.

bb) Considerando la muerte de Cristo desde *Jesús mismo, hombre*, podremos decir: que Cristo aceptó la voluntad del Padre, sometiéndose a ella sin reservas y reconociendo así que el Padre es el Señor que puede disponer de su vida, el Santo que entrega al pecador a muerte con toda justicia. Cristo se dejó atar por el Padre: cuando en la Cruz se dejó clavar y perdió toda posibilidad de movimiento hizo todo lo contrario de lo que el hombre hizo con su espíritu de orgullo al querer edificar su vida sin Dios; renunció con ciega obediencia a todo movimiento propio; así reconoció a Dios como Señor y restableció su dominación. Por su obediencia total se convirtió en "siervo de Dios", en el instrumento más apropiado para que el Padre restableciera su reinado sobre la historia humana. Pero también a El le fué dado sentir la bendición de esa total obediencia, que no es más que la más perfecta comunidad con Dios. La presencia de Dios en el tiempo significa para el hombre vida y alegría, hogar y plenitud. Con su muerte Cristo introduce también en la gloria la naturaleza humana (1o. 17, 5). En la Resurrección y Ascensión se hizo visible la transfiguración alcanzada por el sacrificio; fué la respuesta de Dios Padre a su Hijo Unigénito por su acto de obediencia. El Padre sabía de antemano esta respuesta: por la vida que había de nacer con la Resurrección y Ascensión quiso el sacrificio y muerte de Cristo.

g) A partir del hecho de la Redención, el Crucificado y Resucitado está continuamente en el Tabernáculo ante la mirada del Padre para interceder por nosotros como eterno fiador de nuestra salvación, al ofrecer a su Padre el sacrificio como petición eterna. Cristo en el cielo actúa sin cesar como Pontífice. *La eternidad de su sacerdocio* está atestiguada en la Epístola a los Hebreos (7, 17, 24). Toda salud nos viene por su mediación. "Toda gracia, incluso

la de los bienaventurados en el Cielo, está condicionada por Cristo, Cabeza de la Iglesia; Cristo, en cuanto cabeza de la Iglesia, es la fuente de toda gracia sólo dentro del amor; la voluntad amorosa de Jesús, que es lo mismo que su voluntad de gracia, no puede ser más que una súplica siempre que entre en cuestión la naturaleza humana del Señor. Esta súplica no debe interpretarse de forma que se crea que la visión beatífica de los bienaventurados peligre o que sea necesario asegurarla por la intercesión del Señor; hay que entenderla en otro sentido; el amor de Dios y su misericordia siguen siendo tan grandes que la humanidad y naturaleza humana en Cristo deben ser un momento de la providencia de la gracia; y eso es la oración; dicho de otro modo: también en el Cielo la humanidad y la naturaleza humana a través de la humanidad de Cristo sea cooperante en el automovimiento de la Humanidad hacia la plenitud de gracia de todos los hombres que lograron ya la salvación" (Feuling, *Katholische Glaubenslehre*, 501). También existe un sacrificio eterno de Cristo; ¿cómo podría ser eterno su sacerdocio sin sacrificio; su dolor y su muerte han sido incorporados a su existencia eterna: el Glorificado y Ensalzado vive eternamente como Crucificado. El misterio de la Cruz está eternamente ante los ojos del Padre.

"En un ser que fué débil y fuerte, hombre y Dios a la vez, ocurrió una vez un hecho en el tiempo, bajo Poncio Pilato; y ese hecho perdura eternamente ante Dios. Nosotros vivimos esta vida activa y bulliciosa, presuntuosa y caduca; trabajamos y nos alegramos y sentimos necesidad, pero Cristo está eternamente en lo más hondo e íntimo de la santidad y enarbola ante Dios la bandera de su acción. De ello vivimos y de allí nos viene nuestra incesante purificación. Todo lo que en este mundo está iluminado de magnificencia y amor, recibe la luz de esa Luz. No sólo de la luz de Dios; las cosas dichas así siguen en la incertidumbre de lo indefinido y corren el riesgo de que las ajustemos a nuestras vivencias; la luz de la que vivimos es Cristo. El es el Mediador; está entre Dios y nosotros no como obstáculo sino como acceso. Ya ha entrado en lo indestructible, pero sigue siendo camino y puerta; por él tenemos acceso y entrada" (R. Guardini, *Das Bild von Jesus dem Christus im Neuen Testament*, 1936, 62).

h) Siendo Cristo el Pontífice del NT, *no se da verdadero sacerdocio sin vinculación a El*; todo auténtico sacerdocio es participación del suyo, que es la medida de todos. Y viceversa: puesto

que el sacerdocio es uno de los caracteres de Cristo (es el Ungido y Consagrado por el Espíritu Santo mismo), todo el que participa de Cristo por la fe y los sacramentos tiene parte en su sacerdocio. No hay bautizado que no tenga carácter sacerdotal en sentido real, no sólo simbólico (*I Pet. 2, 9*). La participación en el sacerdocio de Cristo se realiza ante todo tomando parte en su acción sacerdotal: participando, en el sacrificio de la cruz representado en la Misa y después en la inmolación y ofrecimiento del propio "yo", en comunión y comunidad con Cristo en las "cruces" de cada día. El sacerdocio especial de los consagrados es la cima de ese sacerdocio "general" y común que, lejos de oponerse al sacerdocio de Cristo, sirve a su incesante realización. Los bautizados armados de ese sacerdocio son los instrumentos por cuya mediación el Señor invisible y siempre presente en la Iglesia realiza su acción sacerdotal. Esto no es más que la continua rememoración y actualización del misterio de la Salvación (cfr. *Tratado sobre la Gracia y los Sacramentos*, especialmente la parte dedicada al Bautismo y al Orden).